

satisfecho de nuestros criados negros, amarillos y blancos.

»Vuestro hermano os abraza con el afecto que le conocéis y espera que un día nos encontraremos reunidos los tres.

»Guillermo me dice que debemos hacer un envío de bueyes á Brisbane al mismo tiempo que llevamos las lanas, que son muy buenas.

»Esto nos proporciona de cuarenta á cuarenta y cinco mil francos, lo que es una regular cantidad para un debut.

»Pienso enviaros algún dinero de esta primera venta para vos y algo para Angela.

»Todos estamos, querido amigo, en un momento penoso de nuestra vida, pero si á veces me desespero, con más frecuencia tengo horas de esperanza y me digo, como Guillermo, que el porvenir es nuestro.

»Os abrazo de nuevo por él y por mí.

»Vuestro amigo.

»FELIPE DE FLEUSE.»

El pobre enamorado había añadido por tercera vez en la posdata:

»Pensad en Angela.»

Y además:

«Guillermo os recomienda que no os desaniméis. ¡Encontraréis con seguridad á Teresa y tal vez la hayais visto ya! ¡Cuanto más frecuentemente nos escribáis, más nos alegraremos!»

VII

Sin misterio.

Fernanda de Corbiere, desde su conferencia con su madre, no tomaba ya ninguna precaución para ocultar sus gestiones.

Al día siguiente, á cosa de las diez de la mañana, fué á la avenida de la Opera, entró en casa del Sr. Dubreuil y fué recibida al instante por el notario.

El anciano la acogió con paternal bondad.

—Habéis estado á punto de encontrar aquí á uno de vuestros conocimientos—la dijo.—Hace cinco minutos que se marchó.

—¿Mi madre?

—La misma.

—¿Ha estado aquí?

—Hace un momento.

En la cara de la joven se veía una resolución y una firmeza que llamaron la atención del notario.

Toda la noche se había estado repitiendo, con una emoción de vergüenza y de despecho, mezclada de tristeza.

—¡Se bajan hasta espiarme! ¡Me creen débil, tal vez crean que he cometido alguna falta. ¡Y es mi madre quien sospecha de mí!

Este descubrimiento la molestaba mucho.

Jamás, hasta entonces, había mostrado la condesa tales desconfianzas.

Por el contrario, Fernanda estaba acostumbrada

á una libertad casi sin límites; la joven tenía su servidumbre particular, sus trancos, su doncella y sus habitaciones.

Desde hacía tres años que había salido del Sagrado Corazón, entraba y salía sola sin que nadie se cuidara de lo que hacía.

Y aun la misma condesa se informaba raras veces del objeto de sus paseos y de sus visitas.

Ahora, su odio á los Montarón la inspiraban otras ideas.

¡Fernanda era seguida, espiada por Launay!

La señorita de Corbiere, cuya alma no conocía el odio, concibió una verdadera aversión por aquella horrible Launay.

Al mismo tiempo se sentía sublevada y con más energía para llegar al fin que se había propuesto.

El señor Dubreuil observaba con curiosidad el cambio que se había operado en la expresión de aquel rostro tan franco.

—¿De modo que habeis visto á mi madre!— repuso Fernanda con tono un poco agresivo, que hizo sonreír al anciano.

—Sí,—contestó.

—¿Y qué dice?

—Desea ardientemente que os caseis con vuestro primo de Sauves.

—Lo sé, pero estoy completamente decidida...

—¿A qué?

—A no casarme, tan pronto al menos.

—¿Lo habeis pensado bien?

—Sí, ¿me lo criticareis?

El señor Dubreuil extendió los brazos como

el oficiante que va á bendecir á la multitud.

—Dios no lo permita—dijo.—Es para vos para quien tomáis marido y no para los demás.

—Así lo creo.

—Sin embargo, puedo deciros que el señor de Sauves es un joven muy bueno.

—Lo sé.

—Distinguido.

—Tenéis razón.

—De familia excelente.

—¿Me permitís seros franca?

—Os ruego que lo seais.

—Pues bien, no hablemos más de matrimonios, querido amigo; Prefiero hablar con el señor Boissier. ¿Está ahí?

—Sí. ¿Le necesitáis?

—Por un momento.

—Una palabra más, el señor de Sauves tiene muy buenas cualidades, lo reconocéis vos misma.

—Seguramente, pero tiene un defecto... El de ser demasiado calurosamente patrocinado por mi madre. Se creería, en verdad, que trata de imponérmelo.

—Eso es lo que me he permitido hacerla observar; pero de todos modos, eso no es culpa de ese pobre joven.

—Tanto peor. Yo estoy decidida, no hay prisa, no tomaré una determinación sino más tarde...

—¿Cuándo?

—Lo más tarde posible... ¿No os molestará que os deje para ir á hablar al señor Boissier?

—De ningún modo.

Fernanda hizo un saludo encantador al notario, fué á la puerta del despacho del pasante mayor y dió dos golpecitos.

Oyó decir: ¡Adelante! y desapareció.

El anciano oprimió los labios y se preguntó:

—¡Eh! ¿Qué pasa en esa hermosa cabeza?

Fernanda ni aun se sentó en el despacho del pasante.

—Y bien, ¿á qué altura estamos? — preguntó con viveza.

—Creo que hemos adelantado algo. Guillermo Montarón ha debido irse á Nueva Caledonia. Se ha visto al vizconde de Fleuse en Rochefort, donde también estaba Guillermo en el momento de la partida de su hermano.

—Eso es ya antiguo, querido señor.

—Esperad... Pocos días después, el vizconde de Fleuse, que debía partir solo, se embarcó en Marsella en un vapor de las Mensagerías con un compañero que en el registro de pasajeros figura como pariente del vizconde. Ahora bien, el vizconde de Fleuse no tiene parientes. Ese compañero no podía ser otro, al menos yo así lo supongo, que Guillermo Montarón. Sé todos estos detalles por el señor Letanneur de la Gigonnière, antiguo amigo del vizconde. De vuelta á Marsella el capitán del vapor de las Mensagerías, ha dado, del compañero del vizconde, unas señas que convienen con la descripción que me habéis hecho de Guillermo. Mi convicción es que él no ha ido á Caledonia más que para proteger la evasión de su hermano. Sería pues muy imprudente llevar más lejos nuestras averiguaciones, porque

sería dar la voz de alerta á las autoridades de Nueva Caledonia y hacer fracasar sus planes.

—¡Ay de mí! ya no tenéis nada que temer por esa parte. Juan Montarón ha intentado evadirse y ha sido muerto. Mi madre me lo ha dicho ayer.

—¿Qué me decís?

—La verdad.

—¿Cómo lo ha sabido la condesa?

—Por el ministerio.

—Eso sería horrible, ¿pero es cierto?

—Veremos. ¿Y Marcelo?

—Marcelo ha dejado la casa Barker y Nueva-York. No se sabe á donde ha ido. Los Transatlánticos no han traído á Francia ningún viajero de ese nombre...

—¿De modo que, por esa parte, no tenemos aun nada nuevo?

—Poca cosa.

—No os hablo de los habitantes de la Boca del Lobo.

—Gracias á vos, esos están tranquilos... Nadie les atormentará.

—¿Y Teresa?

—Por mucho que se la ha buscado ha sido imposible descubrir nada. Es una fatalidad. Ninguna huella, después de su partida de Sollogne.

Sin embargo, es probable que esté en París.

—Es casi seguro; pero ¿dónde? ¿Qué hace? ¿Vive aún? Son otros tantos problemas... Un agente muy activo y bien pagado ha registrado por todas partes, al menos él así me lo

ha afirmado... Sigue buscando todavía; pero hasta hoy sin resultado...

—Continuad... No descuidéis nada.

—¿Marcháis al campo?

—Es probable?

—¿Iréis á la Ferté?

—A menos que el poder personal á que debo someterme cambie de parecer, lo que es posible... Pero estad tranquilo... Os escribiré...

—Bien.

—No os ocultaré que he tenido ayer una explicación bastante viva con mi madre... La he dicho todo... pero sin hablar de vos... que soy yo quien hizo pagar los quince mil francos; que es en nosotros un deber ayudar á esos desgraciados; que, en fin, los Montarón son nuestros parientes, y que si, en particular Teresa, se encuentra en la desgracia, la culpa de esto la tiene alguien cuya memoria nos es querida...

—¿Y qué ha contestado la condesa?

—¡Es inflexible!... Así es que yo me considero libre ahora, y trato de hacer bien á esas pobres gentes, si puedo, porque mi conciencia me dicta que tengo razón... y que ese deber de familia de que os hablo, soy sola á cumplirlo.

Se encogió de hombros diciendo:

—¡No tenemos ya bastantes desgracias!

Trató de sonreír.

—Hasta la vista, señor Boissier—dijo con su gracia encantadora.

Dió al joven un amistoso y cordial apretón de manos y se marchó.

Aquella noche, á las nueve, Fernanda y su madre tomaron el express de Tours, en cuya

población debían pasar dos días, en casa de unos amigos, para irse después á la Ferté.

Fernanda se alejaba de París con el sentimiento de haber fracasado en sus gestiones hechas en busca de Teresa, á quien empezaba á querer, en recuerdo de su hermano Rolando, y á quien compadecía con toda su alma.

El cinco de julio el landó que la conducía de la estación con su madre atravesó á cosa de las once de la mañana la verja del parque de la Ferté-Montarón.

Fernanda llevaba consigo las cartas que había recibido de América, las que se complacía en leer sin cesar y sobre las que meditaba con frecuencia.

Ellas debían ser las compañeras de su soledad, mecer sus sueños y dar cuerpo á sus ilusiones.

VIII

Por amor.

Aquel mismo día, á cosa de las diez de la mañana, un hombre bastante mal vestido, bajito y grueso, atravesaba la verja entreabierta de la villa del conde Gabriel, en la avenida de los Príncipes, en el momento en que el jardinero, parado á la puerta de una casa vecina, hablaba con uno de sus colegas y daba la espalda á la verja.

El hombre mal vestido tuvo un momento de vacilación al verse solo en un vasto parque admirablemente arreglado, en cuya entrada se encontraba á consecuencia de una maniobra que promeditaba, sin duda, desde hacía largo tiempo, y que el azar acababa de favorecer.

Por fin se animó y avanzó algunos pasos.

Un grupo de castaños, ya viejos, de follaje vigoroso y espeso, se elevaba hacia la derecha entre un invernadero y un paseo, en medio del que se quedó inmóvil como una estatua.

Un ligero ruido que oyó, el de una puerta que se abría en la villa, detrás de las altas persianas del perrón, le recordó de pronto los peligros, ó al menos la difícil situación en que se encontraba.

Ganó el mazo de castaños y se ocultó detrás de uno de los troncos más gruesos de aquellos árboles.

La persiana se abrió. Una mujer apareció en el perrón.

Llevaba un peinador de seda color crema, adornado con encajes.

Bajó lentamente los peldaños del perrón y se dirigió hacia el invernadero.

Pasó á muy corta distancia del hombre oculto, quien cuando la vió entrar en el invernadero, respiró á plenos pulmones.

Su ancha cara, floreciente en otros tiempos, pero ajada por un dolor prolongado, agudo, devorante, se iluminó.

Aquella mujer estaba sola.

Iba á poder acercarse á ella, verla y hablarla.

Dirigió una mirada hacia la verja.

Permanecía abierta, pero el jardinero no había aparecido,

Las persianas de la casa estaban cerradas.

La joven había cerrado tras de sí el vestíbulo.

Escoubere, porque era él, el hombre que se había escondido detrás del tronco del castaño, de un salto llegó al invernadero.

Un espectáculo turbador le esperaba allí.

Lo joven estaba recostada en una ancha butaca de mimbre, tenía los ojos cerrados y parecía estar entregada á la meditación ó al sueño.

No se hubiera podido adivinar si dormía ó pensaba.

Su respiración levantaba, con un movimiento suave y regular, la tela del peinador; sus hermosos brazos desnudos estaban tendidos, en una postura adorable, uno sobre la butaca, el otro sobre su cabeza, hechada hacia atrás.

Escoubere se acercó de puntillas.

Ella abrió los ojos y no hizo un movimiento, pero dijo:

—¿Eres tú?

Escoubere no contestó y siguió avanzando. Llegaba muy cerca de ella.

Entonces la joven lanzó una exclamación.

—¡Vos!—dijo.

Escoubere hizo un gesto para tranquilizarla, y dijo con bondad:

—Pues bien, sí, soy yo... Pensabas en el otro... ¿Es que te doy miedo yo ahora?

Y como ella seguía despavorida, con los ojos muy abiertos, llenos de sorpresa más bien que de espanto, tomó una silla baja, la acercó á la butaca, y sentándose en ella, dijo:

—Vamos, cálmate... yo no puedo hacerte daño... ¿Podría hacértelo?... ¿Temes eso?

—¿Qué quieres, pues?

—Hablar contigo un momento como un amigo, saber lo que tienes en el corazón, lo que debo esperar ó temer para el porvenir...

Por fin ella se atrevió á mirarle y vió que en los ojos del pobre hombre brillaban las lágrimas.

De pronto cambió de aspecto y le dijo:

—Veamos, tienes mucha pena, ¿no es verdad?

—¡Lo has dudado jamás!—le dijo, dando rienda suelta á su llanto.

—No era mi intención hacerte sufrir tanto, mi pobre Paulino... Solo que... ¿qué quieres? no estábamos hecho el uno para el otro. Yo no podía vivir en las condiciones en que estaba,

siempre en la miseria, sufriendo humillaciones á cada instante y mezclada en una sociedad que odio.

—¡Y que desprecias!

—No; yo no tengo el derecho de despreciar á nadie; pero no estaba á gusto en ella, estaba descontenta... ¡Yo no te he hecho feliz jamás!

—¡Oh, sí!

—No... Por mí, tú sabes que hubiera preferido morir á vivir en la pobreza. Te lo he probado... Fué una gran desgracia que acudieras en mi socorro... Ahora el mal no tiene remedio.

—¡Ah!

—Debo decirte por qué.

—¿Amas á ese señor de Corbiere?

—Seré franca... Sí.

Escoubere se puso pálido.

—Sus facciones se descompusieron; no hubo un músculo de su cara que no vibrase, por decirlo así, por un estremecimiento doloroso; parecía que estaba herido de muerte.

Sus labios se agitaban sin poder proferir un sonido.

Por fin murmuró:

—¿Por qué me lo dices?

Elena contestó:

—¿No es más digno confesar la verdad que tratar de engañarnos? Y además, yo no quiero que sacrifiques tu porvenir por una mujer como yo... Yo me conduzco indignamente. Merezo el desprecio de las gentes y el tuyo, pero cedo á una fuerza irresistible. Me sería imposible volver ni por un solo día á nuestra antigua vida... Sin embargo...

Vaciló un instante.

Escoubere repitió maquinalmente, mirándola con ansiedad:

—¿Sin embargo?

—Me alegro verte y me felicito por la casualidad que te ha traído. Vamos á poder explicarnos con claridad, por tu interés como por el mio.

¡Oh! por mi interés—dijo él con aire desgrador.

—Sí, por tu interés—repuso ella.—Es imposible que puedas seguir entregándote á sentimientos que te han cambiado hasta el extremo de no reconocerte, mi pobre Paulino. ¿Para qué obstinarte en una pena que es fácil curar?

—¿Crees tú?

—Estoy segura. Mira lo que pasa á tu alrededor... ¿Qué ves? Gentes que se aman algún tiempo, que se incomodan y cambian de afecto... relaciones que se rompen... otras que comienzan... Yo no te he amado jamás.

Escoubere repitió como un eco:

—¿Jamás?

—No. No era amor lo que yo sentía por tí; era amistad, pero sincera, profunda, y esa amistad, que me ha hecho vacilar largo tiempo, subsiste siempre. ¿Pero por qué no imitar á los demás? Mi dicha sería ser libre, romper, no nuestra amistad—ésta durará tanto como mi vida,—sino el lazo que nos une y nos priva de nuestra libertad...

—¿Porque te casarías con tu amante?

—Ese es mi más ardiente deseo.

Escoubere exclamó:

—No consentiré jamás en divorciarme.

—Entonces lo que conseguirás será hacer mi desgracia, como yo hago la tuya.

Elena hablaba con una tranquilidad y una seguridad perfectas.

Hubo un silencio.

Se oyeron pasos en el invernadero.

Apareció el jardinero.

Se quedó con la boca abierta al ver á su ama en conversaci3n con un desconocido.

—Está bien, Anselmo—dijo Elena contestando á una muda interrogaci3n del criado.—Dejadnos.

Escoubere se mordía los labios.

La sangre fría con que su mujer le exponía sus deseos, su firmeza, su frialdad, le causaban una sensaci3n casi semejante á la que debe experimentar el histérico á quien el médico duerme.

Por fin balbució:

—Ya sabes que yo no puedo consentir en lo que me pides.

—¿Por qué?

—Por mil razones.

—¿Cuáles?

—El mundo, los compañeros que se reirían de mí...

Elena se encogió de hombros.

—¿Qué importa eso—dijo—en comparaci3n de la dicha de toda una vida, de la libertad reconquistada para los dos?...

—¡Yo no lo necesito!

—¡Qué error! Piénsalo. Otra mujer te hará olvidarme.

Escoubere objetó con desdén:

—La arrojaría por la ventana el día que entrara en mi casa.

Elena continuó con la misma calma:

—¡Pobre Paulino! Te complaces en crearte tormentos... ¡Ensayá mi remedio!

—No quiero.

—¿Entonces quieres que yo siga siendo tu mujer?

Escoubere no hizo un movimiento.

—¿Que continúe llevando tu apellido?

Escoubere guardó silencio.

—¿Para qué serviría eso?—añadió.

Entonces él contestó:

—Mientras te llames la señora Escoubere me parece que no ha concluido todo entre nosotros, y esto es un consuelo para mí.

—¿De modo que te niegas?...

Escoubere la miró con ojos un tanto extrañados.

—¿Tanto le quieres... que insistes con tanto empeño, á pesar del daño que me hace?—la dijo.

—Sí, pero también á tí te quiero.

Escoubere movió la cabeza diciendo:

—¡Oh, no de la misma manera!

Elena contestó cruelmente:

—Es verdad.

Quedaron un momento mirándose en silencio.

Escoubere estaba sin fuerzas.

Se acordada de los consejos de su amigo Brossois, la imposibilidad que había para él de volver á coger aquella mujer á la que otro

había dado lo que ella deseaba, el absurdo de proponerla recomenzar una vida de miseria y de privaciones que solo el amor podría hacer soportable.

Ella no le amaba, y amaba al otro con una pasión que confesaba únicamente, sin consideraciones con aquel hombre en quien ella veía un esclavo.

El la escuchaba con el corazón desgarrado; pero no podía menos de reconocer que Elena tenía razón.

Para un marido engañado, abandonado, no hay más que dos caminos: el desprecio y la renuncia voluntaria á una vida común que se ha hecho imposible... ó el asesinato de la mujer infiel y culpable... ¡asesinato que la ley declararía excusable!

Escoubere lo sabía.

Pero amaba demasiado á Elena para hacerla el menor daño.

Y Elena lo comprendía tan bien, que pasado el primer momento de sorpresa, se había encontrado ante él tan tranquila como si se hubiese encontrado ante el más indulgente de los amigos.

Elena le cogió las manos y le dijo:

—¡Te lo suplico!... ¡Dimo que consientes!...

—¡Es una tortura que me impones!

—Estaremos siempre unidos por el más sincero afecto... Tú me escribirás... Yo te consolaré... Tú veras... Te querré como una hermana... Te bendeciré toda mi vida...

Escoubere estaba vencido.

Sin embargo, todavía discutió.

—Pero se necesitan motivos—dijo.—Tú sabes bien que no existen, por mi parte al menos.

—Esa es cuestión de los abogados, de las gentes de leyes: nosotros no nos mezclamos en eso... Ellos harán lo que quieran... ¡Qué me importa!... ¿Quieres?

Escoubere se cruzó de brazos y se echó sobre el respaldo de la silla.

Elena vió que el sudor corría por su frente y que apretaba los dientes, como el herido que es presa de un ataque del terrible mal que llaman tétano.

—¡Pues bien, sea!—dijo levantándose de pronto.—¡Te he salvado la vida y es la mía lo que me pides! ¡Tómala!

Y añadió con amarga sonrisa:

—Además, no te hago una gran concesión. Sin este consentimiento que me arrancas, tu amante hubiera conseguido también el divorcio que tanto deseas. ¿Qué hay imposible para él?... ¡Es rico!... ¿Es él quien te ha dado esa idea?

—No.

—¡Qué importa que haya sido él! Haz lo que quieras; yo sé lo que me espera.

—¿Qué?

—Me volveré loco.

—¿Por qué pensarlo?

Escoubere contestó con voz extraña:

—Desde que un imbécil de sabio, una especie de doctor de drama, con largos cabellos y una cara que parecía la hoja de un cuchillo, me encontró en la calle de Rennes, pocos días

después de tu huida, y dijo á media voz á uno de sus colegas, mirándome: «¡Ese está loco ó se volverá!» esta idea no se separa de mi imaginación, y creo que el buen hombre tenía razón.

Elena se encogió ligeramente de hombros y se levantó á su vez.

—Tú te engañas—dijo.—Tienes más energía que la que se necesita para desechar tales ideas. Cuando pienses en mí, será para decirte que no tienes mejor amiga.

—¡Palabras!...

—Te lo juro...

—Pero al amor no se le manda, ¿eh?—dijo ensayando una sonrisa abortada.

Elena no contestó.

¿Qué hubiera podido decirle?

Dió algunos pasos por la estufa, se acercó á él, y cambiando de asunto le preguntó sobre lo que iba á hacer.

La Opera Comica estaba cerrada desde hacía algunos días.

La anunció que partía para Aix-les-Bains, donde estaba contratado hasta la reapertura de su teatro; marchaba con su amigo Brossois, quien le demostraba un gran afecto y le daba consejos.

Pero no podía seguirlos.

Era más fuerte que él lo que le ocurría.

Elena le acompañó hasta la verja.

Allí le dió la mano, que él estrechó entre las suyas con furor.

—¡Me haces daño!—murmuró Elena.

El se excusó diciendo:

—Es verdad, ¡soy un bruto!

La dirigió una mirada suplicante, á la que ella contestó moviendo la cabeza dulcemente, y diciendo:

—Lo roto, roto está. ¿Estamos de acuerdo? Hasta la vista y ánimo.

—No puedo tenerlo ya.

Y dicho esto, la dirigió una prolongada mirada y se alejó.

A las doce se reunía con su amigo Brossois, que llegaba de hacer algunas compras para abandonar París durante el verano. Se había comprado un terno de dril color lila, á rayas más claras que el fondo, lo que le daba un aspecto extraordinario.

El gascón necesitaba consuelo, así es que en cuanto se encontró con su amigo Brossois le contó la admiración de Elena al verle, después su tranquilidad, la amistad con que ella se había expresado, sus peticiones y por fin el consentimiento que él la había dado.

El otro le escuchaba con atención.

Cuando Escoubere hubo concluido de contar lo ocurrido preguntó á su compañero:

—Y bien, ¿qué piensas de todo eso?

Brossois contestó:

—Pienso que ha representado á las mil maravillas una escena de comedia. Pero en el fondo nada hay que hacer... Tiene razón.

—¿Entonces tú crees?...

—¿Eh? Sí, divorciaos... Cuanto antes mejor. Sí, tu mujer tiene razón, y la mejor manera de probárselo es...

—¿Es?—preguntó Escoubere.

—Hacer lo que ella dice: tomar otra... La

buscaremos juntos. ¿Tú sabes que salimos esta noche?

—Sí.

—¡No vas á ir con esa ropa tan usada!

El gascón hizo un gesto para indicar que le era indiferente.

Pero, después del almuerzo, le llevó Brossois al Puente Nuevo, de donde salió Escoubere, un cuarto de hora después, con un traje de lánilla gris.

Por la noche tomaron el tren.

A juzgar por el exterior, el desgraciado co-rista estaba alegre.

Pero su alma estaba triste y más sombría que nunca.

Al mirarle, Brossois comenzaba á creer, como el sabio de la calle de Rennes, que si no estaba loco se volvería.